

1. Reflexión Teológica

COMUNIDAD RELIGIOSA MÍSTICA Y PROFÉTICA
Hna. Josefina Castillo, aci

FORMAR MÍSTICOS Y PROFETAS
P. Luís A. Casalá, sm

CASTIDAD: LA PRIMACÍA DE DIOS
EN LAS RELACIONES
P. Francisco Javier Carmona R., sm

COMO VID LOZANA HE RETOÑADO
Hna. Georgina Zubiría Maqueo, rscj

Comunidad Religiosa Mística y Profética

Hna. Josefina Castillo, aci

Me resulta difícil decir algo nuevo sobre un tema que ha sido profundizado en forma tan exhaustiva durante este año desde la Revista CLAR y en general en la vida religiosa, a partir del Congreso Mundial de vida consagrada, tenido en Roma en noviembre de 2004. La pregunta que me llega a veces es: ¿cómo bajar estos conceptos a la vida cotidiana de la comunidad? De manera muy sencilla y desde mi experiencia de vida religiosa femenina, quiero compartir lo que veo, siento y entiendo acerca de cómo llegar a ser una comunidad mística y profética.

Desde qué parámetros voy a enfocar el tema:

- La realidad desde una aproximación al proceso histórico de las comunidades religiosas en América Latina en el s. XX.
- El concepto teológico de una espiritualidad mística y profética, frente al concepto popular de mística y profecía.
- Cómo hacer vida esta espiritualidad.

1. La novedad de Dios en las comunidades religiosas de ayer y de hoy

a) Comunidades del S. XIX y mitad del XX

Hablar hoy de comunidad religiosa tiene poco que ver con lo que entendíamos hace cincuenta años acerca de qué era

una comunidad. La mayoría estaba formada por 30,40,50 miembros o más. Había muchos y muchas jóvenes, que parecían clonados,clonadas,formados en la austeridad, el sacrificio y la más acendrada piedad. Las guerras mundiales dejaron una conciencia colectiva de necesidad de reconstrucción del mundo y eso repercutió en el despertar de las vocaciones en la Iglesia.

Lo más impactante, al entrar a un “convento”, como se llamaba a cualquier comunidad, era el ambiente de oración, silencio,orden y limpieza. Realmente era entrar en otro mundo. Externamente no había problemas de relaciones, porque prácticamente, no existían entre sus miembros. Los grandes acontecimientos locales o mundiales se conocían a través del superior,pues para la mayoría de los institutos religiosos los Medios de Comunicación Social: radio, periódicos y televisión no estaban al alcance de todos y todas.

Una buena parte de los y las aspirantes a la vida religiosa procedían de las propias obras y por lo tanto traían una formación religiosa suficiente para asumir la formación que luego se les impartiría en el Noviciado. La institución conocía bien a las familias, su grado de cultura, sus estilos de vida, en fin, la joven o el joven pasaban del centro educativo o de la parroquia a la comunidad. Novedad para el joven y seguridad para la institución.

Otro ingrediente importante: las familias, bien que mal, eran familia. En muchos casos familias realmente cristianas, con buenos principios, hábitos de trabajo, testimonio de valores aprendidos de sus

ancestros, piadosas y con una fe inquebrantable. En muchos lugares de Colombia, que es lo que más conozco, las vocaciones eran admiradas y animadas por la familia, por el barrio y por las amistades. Era un orgullo tener un pariente o amigo religioso o religiosa.

Dado el ambiente social y familiar, era corriente que las jóvenes entraran a la vida religiosa sin haber tenido experiencias sexuales. Como era un tema tabú, tampoco tenían conocimiento de lo que implicaba una renuncia al matrimonio y a los hijos. El despertar a la sexualidad venía más tarde, se vivía el conflicto en silencio y se superaba con oración y penitencia, como algunos “demonios” de la época de Jesús...

La mayoría de los Institutos europeos que vinieron a América Latina, se organizaron en obras educativas y sociales como Hospitales, Orfanatos, Ancianatos, Colegios y Escuelas, dirigidos y llevados por la Comunidad, según normas propias, con un estilo de vida de acuerdo al país de origen y la espiritualidad de la institución. La mayoría se ubicaron en ciudades populosas y ejercieron una pastoral desde sus propios criterios, quedando como islas eclesiales.

También vinieron Institutos Misioneros que se entregaron valientemente a la evangelización y educación de los pueblos indígenas y campesinos, dejando una marca indeleble de su espiritualidad entre los pobres.

La mayoría de las religiosas tenían pocos estudios, en parte porque esa era la realidad de la mujer en el mundo, con

excepciones; y en parte, porque las normas eclesíásticas no permitían estudios teológicos para la mujer, desde esa concepción machista de “la mujer es para el hogar”, lo cual, aunque parezca increíble, se ha mantenido hasta hace pocos años en varios países de América Latina.

Creo que la denominación “monjita” tiene una connotación muy cariñosa de parte del pueblo y algo despectiva de parte del clero. La monjita es la mujer buena, inocente, ignorante, dependiente, trabajadora, humilde, en fin, ideal como instrumento de trabajo barato. Gracias a la irrupción de la mujer en el mundo laboral, político y cultural, esta manipulación se está superando, de alguna manera, en la esfera eclesial.

El acento se ponía especialmente en el cumplimiento de las normas y en la fidelidad a la institución, de manera que, estuviera donde estuviera, no perdiera su identidad. En esa fidelidad entraba el fin del Instituto, estilos de oración, costumbres, y la forma de llevar las obras apostólicas. Todas y todos recordamos en nuestros países la influencia de institutos franceses, españoles, italianos, holandeses, alemanes, en fin, cada uno con características muy marcadas, religiosas y religiosos heroicos en la entrega y a quienes debemos mucho de lo que somos, pero sin tener en cuenta la inculturación, a pesar del gran número de vocaciones nativas que lograron desde el principio.

En ese ambiente de paz, de silencio, de puertas y ventanas cerradas, “fuga del mundo”, era fácil la vida de oración y de un *misticismo* casi monástico. Además de la oración personal, se tenía el rezo

de las Horas, el Angelus, el Rosario y otras devociones particulares.

b) ¿Cómo son la mayoría de las comunidades religiosas hoy en Latinoamérica?

Nos quejamos de la lentitud en los cambios, pero no se puede negar que en medio siglo hemos cambiado radicalmente, para bien o para mal.

La mayoría de las comunidades locales, hoy, están constituidas por tres o cuatro miembros, de los cuales dos son ancianas, ancianos, generalmente poco abiertas, abiertos a los cambios tan radicales de la sociedad moderna; formadas y formados en estructuras totalmente diferentes a las actuales, que han asumido una misión por obediencia, pero que rechazan con nostalgia del pasado.

Las vocaciones proceden en su mayoría de estratos populares y aunque muchas y muchos jóvenes han pasado por grupos juveniles, llegan con la formación religiosa deficiente, propia de los colegios estatales. Por la realidad social que viven, no es raro que lleguen con vacíos afectivos, con una escala de valores distorsionada, fruto del ambiente y de los Medios de Comunicación Social, con motivaciones más sociales, culturales y económicas que el deseo del seguimiento radical a Jesús. Vienen fragmentados. Su vida es como un rompecabezas donde algunas piezas no encajan y otras se han perdido, ¿cómo exigirles coherencia y compromiso sin antes curar sus heridas?

Una joven o un joven que opte por la vida religiosa tiene que enfrentarse a las

críticas e interpelaciones de la sociedad, empezando por los padres, que se sienten defraudados por la hija o el hijo que debía empezar a producir.

Nuestras comunidades no se destacan hoy por el silencio, al contrario, nos han invadido los ruidos del mundo: la radio, la televisión, el teléfono, revistas e Internet, con sus imágenes y sonidos electrónicos que se nos van metiendo por los sentidos, bloqueando los espacios de intimidad con el Señor Jesús. Pasamos de la clausura a la presencia continua de los vecinos, los compañeros y compañeras de trabajo, las personas que ayudamos de una u otra manera, en fin, del relativo aislamiento a comunidades de puertas y ventanas abiertas, lo propio de las instituciones apostólicas.

Cada vez son menos las comunidades que desarrollan la pastoral en obras propias, de manera que sus miembros tienen menos espacios para orar, comer, conversar o pasar juntos, porque cada cual tiene que acudir a sus sitios de trabajo.

Estos datos son suficientes para entender que nuestro estilo de vida comunitario ha cambiado radicalmente. Vivíamos más ad intra, ahora vivimos más ad extra. Nuestros “muros” nos defendían del mundo, ahora estamos inmersos en las necesidades del mundo, de acuerdo a la renovación que pidió a la vida religiosa el Vaticano II (P.C. 2). Muchas pautas de conducta nos venían impuestas, sin una conciencia crítica, ahora, estas normas

nos mueven si las pasamos a través del corazón, las asumimos desde una opción personal, porque vivimos la cultura de la “no imposición”. Sólo nos dejamos convertir por lo que nos convence.

Nos rodea el desorden, la agitación propia de este tiempo, la inseguridad y el desconcierto de quienes no tienen firmes sus creencias y valores. Entonces nos preguntamos: ¿cómo ser comunidades místicas y proféticas en medio de este caos? Depende de lo que entendamos por estos términos.

2. Concepto teológico y popular de mística y profetismo

El ser humano es espiritual, tiende a trascender, ya que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios (Gn 2,26). José María Castillo¹ expone en forma sistemática, cómo se ha interpretado este concepto a través de estos XX siglos de cristianismo, contraponiéndolo a corporalidad, materia, sensualidad, pecado. Como si lo espiritual fuera todo lo relacionado con Dios y lo material fuera “lo humano”, lo que debemos dominar y someter. Jesús encarnado es totalmente humano, y radicalmente espiritual, porque está centrado y tiene como meta el Reino de Dios en la humanidad. Su espiritualidad es mística y profética.

En cuanto al término mística, no vamos a repetir lo que han expuesto magistral-

¹ Castillo, José María SI, *Los peligros de la espiritualidad*, Diakonia, XXIV, 94, pg 4. Managua

mente los PP. Ignacio Madera SDS, Víctor Martínez S.I. y otros teólogos, en números anteriores de esta misma Revista², cada uno desde un ángulo diferente. Nos dicen, en síntesis, que la mística “es el encuentro con el que está siempre presente, en una relación de total intimidad. Es la palabra gustada, meditada y convertida en praxis”³. “Teniendo claro que mística es el encuentro íntimo y personal con el Señor que va a marcar un estilo de vida según el Espíritu, es decir la espiritualidad”. “Intimidad que no significa intimismo, sino mirar desde Dios la realidad en la que estamos inmersos, para ser profetas de esperanza”⁴. O sea, que el místico verdadero se convierte en profeta que anuncia la verdad y denuncia la injusticia, que interpreta la realidad a la luz del Espíritu.

Para el común de la gente, en el argot popular, *mística* suena a visiones, sueños, éxtasis, salir de la realidad para encontrar a Dios. Y *profetismo* es algo parecido a adivinar el futuro o predecir acontecimientos venideros. Son términos que aplican a los santos, los seres más cercanos a sus vidas por ser sus intercesores ante Dios pero imposibles de imitar, por la heroicidad de sus virtudes. Son seres inalcanzables. Nada más alejado de una espiritualidad mística y profética.

3. ¿Cómo hacer vida esta espiritualidad?

Gracias a la profundización de la teología, de la reflexión teológica de la vida religiosa, y más concretamente de la CLAR, vamos asimilando que no sólo es posible ser místico y profeta hoy, sino que o lo somos o no tiene sentido nuestro estilo de vida consagrada.

Hoy, aunque el silencio y el lugar ayuden a la oración, dada la realidad que vivimos, tenemos que reconocer que Dios está también presente en el ruido, en la calle, en el hambre de los desplazados y en el llanto de los niños, en el silbido de las balas y en la soledad de un hogar sin padre. Dios está allí para consolar, animar, sostener y acompañar a las víctimas.

Luego es posible ser místico, mística, hoy, si nos dejamos encontrar por Dios en nuestro yo interior y desde la realidad cotidiana. Se trata de una actitud permanente, no de ratos místicos. Para mí, Dios está llenándolo todo o sencillamente no está, porque no se trata de ponerlo cuando y donde quiero sino de reconocerlo donde realmente está.

En la práctica, para llegar a ser místicas y místicos tenemos que contar con la

² Madera, Ignacio SDS, *Sentido de la mística*, julio-setiembre. 2004, pg 7 *La experiencia mística en un momento singular*, oct.-dic. 2004, pg 39;

Martínez, Víctor SI, *Una espiritualidad mística y profética*, Rev CLAR, julio-setiembre 2004, pg 26: *Aproximación al término mística*, Rev. CLAR, ct-dic 2004, pg 17.

Codina, Víctor SI, *Mística y teología*, Rev. CLAR, julio-setiembre, 2004, pg 34.

³ Madera, Ignacio, *El sentido de la mística*, Rev. CLAR, julio-setiembre pg 7 y ss

⁴ Martínez Víctor, *Una espiritualidad mística y Profética*, Rev CLAR, julio-setiembre, pg 26 y ss.

fidelidad a la oración, no tanto a los rezos. Todas y todos lo sabemos a nivel teórico, pero qué poco sabemos degustar y saborear internamente la presencia del Señor, o como nos dice Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales: “no el mucho saber llena y satisface el alma, sino el gustar y sentir las cosas internamente” (Anotación 2).

En la práctica, casi todas las comunidades tienen reglamentado el tiempo de oración. Pero eso no basta. Si mi oración, larga o corta, no me lleva a más intimidad con el Señor y no me va transformando, no es oración. ¿De qué sirve orar una hora y luego negarle la palabra al hermano o a la hermana, o retrasar el sueldo al empleado, o vivir de caretas?

Conocemos muchas formas de oración, pero nos cuesta priorizarla en medio de la agitación que vivimos. Si orar es escuchar a Dios y dialogar con El en mi corazón, para llevarlo a los demás, tenemos que empezar por sentir la presencia del dialogante, permitir que Dios invada mi mente, mis sentidos, mi memoria, mis deseos, mi realidad. Sólo es posible con una actitud de silencio interior, sin prisas, sin condiciones. Estar como María, que “observaba cuidadosamente los acontecimientos y los guardaba en su corazón”. (Lc 2,19) Si Dios se enraizó en nuestra humanidad, es allí donde El se hace presente, como en el pan y el vino en la Eucaristía.

Paradójicamente la mística parte de mi cuerpo, de mi yo, que trasciende, para que pueda ver con ojos nuevos la realidad a la que estoy llamada, llamado a recrear. De otra manera me quedo en intimismo

infecundo. Lo más normal es que en las comunidades se prepare todo un ambiente “espiritual” para orar, pero se descuida, quizá, hacer de la vida oración, creando la dicotomía cuerpo/espíritu, como si el trabajo, el descanso, el estudio perteneciera a la esfera de lo humano y la oración a lo divino. En la praxis olvidamos que somos una unidad. Las consecuencias son catastróficas, porque nos volvemos incoherentes e irresponsables con la misión de testimonio a la que somos llamados.

Y es sumamente difícil cambiar estas actitudes, porque si algo nos ha dejado la formación tradicional es a ser fieles y constantes a los principios aprendidos. Sólo la fuerza del Espíritu puede lograrlo.

Para ver la creación con ojos nuevos, la comunidad está llamada a *discernir* —es una forma de orar— para distinguir lo bueno y optar por ello. (cf. 1Tes 5,21). ¿Cómo ser una comunidad mística y profética, si no nos dejamos guiar comunitariamente por el Espíritu?

Todas y todos sabemos qué es discernir, pero pocas comunidades viven la actitud de discernimiento, por varias razones: a) la toma de decisiones se hace casi siempre desde arriba, sin tener muy en cuenta la opinión del resto; b) Es muy difícil despojarnos de la opinión propia, sobre todo cuando se trata de criterios o de opciones apostólicas, entonces se sigue el camino más eficaz: no comentarios, no preguntas, no compartas, da las cosas hechas o si no, no harás nada; c) Algunas estructuras de la vida religiosa la llevan a ser a veces autosuficiente, como para dejarlo todo en las manos de Dios, que se

manifiesta en la comunidad orante. Si no hay discernimiento es engañoso pensar que podemos ser místicos y mucho menos profetas.

El profeta es *contemplativo*, tiene la capacidad de admirarse, de gozar, de compartir la grandeza de Dios, Padre y Madre. Nosotros y nosotros abandonamos la contemplación porque nos parece una actitud sentimental, ficticia, ya que “nadie ha visto a Dios”, desencarnada y fuera de contexto. Pero si aprovechamos la experiencia de los santos y las santas, vemos que ha sido en la contemplación de la vida de Jesús, de María, de la historia salvífica, donde han tomado la inspiración para entregarse al amor y al servicio de los demás. Nada más eficaz y transformante que la contemplación de nuestro Salvador, para lanzarnos a la misión encomendada. El gran reto para las comunidades es no quedarse en rezos y devociones que no la convierten ni transforman la realidad, o, por otra parte, lanzarse a la misión sólo por alcanzar un cambio social, porque es ideología.

Finalmente, una comunidad mística y profética *celebra* con entusiasmo, con creatividad, con novedad, la vida de Dios entre los hombres, la presencia del resucitado en la historia, los acontecimientos dolorosos y alegres de la humanidad, la belleza, el amor, la alegría, todo lo que ocurre a su alrededor. No puede anquilosarse en ceremonias muertas, en eucaristías llenas de distractivos musicales, en arreglos externos que a veces nos alejan de lo esencial, lo que estamos celebrando.

La comunidad hoy, no puede evitar el ruido exterior, las presiones de un mundo errante, que no acaba de encontrar el camino de la felicidad, la invasión de nuestros espacios interiores por la técnica moderna, la soledad en medio de las masas, la erotización del ambiente por parte de una sociedad hedonista, corrupta y ambiciosa, sólo tiene un camino: buscar apasionadamente al Señor de la vida y servir apasionadamente al hermano o a la hermana, víctima de este caos mundial.